

“Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: ‘No tienen vino’.” Hoy el Evangelio nos cuenta el primer milagro que realiza Jesús en el más bello escenario: un banquete de bodas. En este Evangelio San Juan habla del amor de Jesús y del papel especial de las mujeres en los momentos más importantes de nuestras vidas. En cierto modo la presencia de Cristo en la fiesta de Caná prefigura la Cena Eucarística. Al mismo tiempo, también se dirige a nuestra conciencia cristiana para el Sacramento del Matrimonio. Jesús está presente con todas las parejas de recién casados, está en medio de ellos, ya que se comprometían el uno al otro para la vida en el matrimonio. Jesús reafirma el plan de Dios para el matrimonio como la institución humana más fundamental, que se remonta a los inicios de la historia humana. El hecho de que encontramos a Jesús de Nazaret con la pareja de recién casados en Caná de Galilea es como una declaración profética de que en adelante se desea estar con todas las parejas casadas que a través de sus ministros a ser los votos del sacramento de su vida juntos. Él está presente con ellos a través de su gracia. Esta gracia es la fuerza salvadora de Dios, su don, lo que hace que la vida humana - y en este caso la vida matrimonial - digno del hombre, digno de los hijos de Dios.

¿Qué aprendemos sobre el amor? El amor humano no es solamente la unión de los cuerpos, sino una comunión entre personas que las une en la vida y en nuestro destino y que florece en la plenitud de la alegría. Jesús anuncia y exige un matrimonio indisoluble. Un matrimonio fundado en un verdadero amor tiene que ser exclusivo, total e incondicional para toda la vida. Nuestra sociedad necesita hoy hombres y mujeres que sepan defender el proyecto de un amor fundado en estos principios y que comprendan al mismo tiempo a los que son incapaces de vivirlo.

¿Cuál es el papel de Jesús en una familia cristiana? Cristo no puede ser un simple invitado en nuestras bodas, sino el que se ha de quedar con nosotros cuando

todos los demás invitados se hayan marchado Cristo quiere ser el testigo del cariño de los esposos, el garante de su felicidad, el mediador en sus conflictos, el confidente de nuestros problemas, el amigo que los saca de apuros cuando empieza a escasear el vino; y sobre todo esto, el que les dé la alegría de vivir, convirtiendo el vino del amor humano en el generoso vino de última hora: el vino del amor cristiano. Por eso el matrimonio cristiano no puede ser nunca un egoísmo a dúo, ya que representa el amor infinito que Dios nos tiene.

La Santísima Virgen es la maestra de nuestra vida. Su breve intervención pone de relieve el papel que desempeña como mediadora en el misterio de la redención. La presencia de María es rica en detalles de exquisita feminidad y discreción, atenta y eficaz como una verdadera madre. En este pasaje leemos las únicas palabras de María en el cuarto Evangelio: "No tienen vino". En el Antiguo Testamento el vino simboliza la plenitud de gozo en el amor entre esposa y esposo. Así debe ser tu mirada que no pone en discusión la fidelidad de Dios, que no se preocupa sólo de sí y de las propias ganancias sino que se da cuenta de la "sed de vino" de tanta gente que está a nuestro alrededor y que ha perdido hasta el gusto de vivir. Fue María quien pidió a su hijo a hacer el milagro de cambiar el agua en vino. Es ella la que ahora le pide a su Hijo para santificar el amor humano, ella le pide que se otorga a las parejas casadas la gracia del amor conyugal verdadero - el amor que es fiel hasta la muerte y que se convierte para los padres y los hijos del gran don de la vida humana. Esta ha sido la actitud de María en Caná y esta debe ser la nuestra.

La Misa de cada domingo es para nosotros una fiesta. Venimos a buscar el vino bueno que Jesús nos ofrece; el vino bueno de su palabra, el vino bueno de su amor, el vino bueno de su Cuerpo y Sangre que se nos da como alimento y alegra nuestra vida. Que no se nos escape un detalle importante: cuando hacemos en

nuestra vida "lo que él dice" todo se convierte en "mejor". Es la acción transformadora de Jesús. Hemos de ser el agua convertida en vino para nuestros semejantes. Nosotros mismos nos convertimos en "milagros" de Cristo, para que el mundo crea. Un signo privilegiado es la vivencia fiel del matrimonio cristiano. La familia que de allí nace seguirá siendo la base de la sociedad perfecta, más feliz y más humana. En un tiempo de crisis como el nuestro, pidamos a Dios que bendiga a todas nuestras familias.

Que María, la madre de toda santidad, nos enseñe a amar como Jesús amó.